



Don Pedro Dávila, marqués de las Navas, por Antonio Moro



Doña María de Córdoba, marquesa de las Navas, por Moro

LA FUNDACION DUQUE DE LERMA, EN EL HOSPITAL TAVERA, DE TOLEDO

Por MARIA DE CARDONA

En el Congreso de Bellas Artes, celebrado hace poco en Madrid, un tema interesante de una de las ponencias, el señalado con la letra D, decía lo siguiente: «¿Cómo podrían suplirse en la actual economía los grandes mecenazgos de otros tiempos?» Yo hubiera contestado inmediatamente a los señores congresistas, señalándoles un caso reciente de mecenazgo, injertado en otro histórico y familiar: el del Hospital Tavera, de la Fundación Duque de Lerma, en Toledo.

Claro está que no es caso frecuente y que han de concurrir en el Mecenazgos varias circunstancias: la fortuna, el no tener herederos forzosos, el gusto y el conocimiento del Arte, el horror al chamarileo, para alentar, pagando con esplendidez, todo esfuerzo que lleve en sí una creación de belleza.

Felizmente, concurren todas estas circunstancias en María Luisa Bahía y Chacón, duquesa de Lerma. El poeta Heine hacía «de sus grandes penas sus pequeñas canciones». La duquesa de Lerma supo hacer de su gran pena mucho más que el poeta: supo hermanar lo social a lo bello, con el sentido estético con que lo hicieron los grandes señores de antaño.

Criticábanle al cardenal Tavera el haber edificado con tamaña suntuosidad una fábrica que había de servir para hospital. Y respondió el claro varón: «¿No representan los pobres a Nuestro Señor...? Pues huélgome de dar a los representantes de Nuestro Señor una morada digna de El!»

La duquesa recuerda el gran cariño que su marido, don Fernando Fernández de Córdoba y Pérez de Barradas, décimo tercero duque de Lerma, sentía por la Fundación del Cardenal Tavera, Patronato de su Casa, y en cuya cripta magnífica, restaurada a sus expensas y a las de su sobrino, el duque de Medinaceli, duermen el sueño postrero sus abuelos y su padre. Muere el duque, víctima de los marxistas, y con parte de un legado que éste deja para familias cristianas necesitadas, concierta su viuda el fundar un Orfelinato para treinta niñas, hijas de otras tantas víctimas inmoladas por los marxistas. Recaba para ello el parabién de su citado sobrino, el duque de Medinaceli, Patrono perpetuo del Hospital. Inmediatamente emprende la restauración completa del ala izquierda del edificio, pues, por carecer de fondos, debido a la funesta ley de des-